

LIBROS CRÍTICAS

POR PATRICIO PRON

Los Lykov llevaban más de cuarenta años apartados del mundo cuando fueron “descubiertos” en el verano de 1978 en una zona remota de la taiga siberiana. Karp Ósipovich Lykov y sus cuatro hijos practicaban una variante especialmente radical del cristianismo ortodoxo y aún hablaban del zar como si estuviera vivo, en un ruso anticuado, difícil de comprender para sus interlocutores. Los más jóvenes nunca habían visto a ningún otro ser humano aparte de sus padres. Vestían con ropas de arpillera de cáñamo, iban descalzos y se alimentaban principalmente de patatas y piñones: cualquier otra comida y utensilio que no hubieran sido producidos por ellos “no les estaba permitido”, decían.

A pesar de lo excepcional de sus circunstancias, los Lykov tenían algo parecido a una rutina, sobre la que el periodista Vasili Peskov reportó en el *Komsomólskaya Pravda* durante más de una década: el trabajo en el huerto, la elaboración de recipientes de corteza de abedul para guardar las provisiones, un poco de pesca y de caza menor y la lectura de libros litúrgicos y la oración ocupaban la totalidad de una jornada vivida de acuerdo a “la vieja fe”. Peskov se convirtió en un visitante asiduo y narró sus encuentros con los Lykov en unos artículos que despertaron la simpatía de sus lectores para con unas personas que representaban una vida simple y mejor al margen de la sociedad soviética. Impedimental publica ahora el libro que reúne esos artículos, bajo el título *Los viejos creyentes*, y lo hace en un momento en que la voluntad de aislamiento y la idea de que el contacto con los otros es potencialmente peligroso ya no son patrimonio exclusivo de los viejos creyentes.

Una vida simple y mejor es la que tratan de vivir también Luz del Fuego, la bailarina y *performer* brasileña que creó una colonia “naturista” (es decir, nudista) en la bahía de Guanabara en la década de 1950, como narra Javier Montes en su *quest* del mismo título, y la protagonista del manga de Miki Yamamoto *Sunny Sunny Ann!*, una joven que vive en su coche, se prostituye ocasionalmente y paga un precio no menor por su rechazo a las restricciones impuestas a las mujeres de su clase en nombre de su propia “seguridad”. Y es la vida a la que aspira Perro Pequeño, el protagonista de *En la Tierra somos fugazmente grandiosos*, primera novela del poeta norteamericano Ocean Vuong.

Perro Pequeño tiene una madre y una abuela vietnamitas y un padre estadounidense ausente y maltratador; en la escuela es excluido por ser inmigrante y por su mezcla racial, pero los hechos determinantes de su vida son su homosexualidad y una historia de amor intensa y desgraciada que vive junto a su amigo Trevor: su *queerness* supone una dificultad añadida en su tránsito a la vida adulta, que Vuong, cuya novela, como ha afirmado en varias ocasiones, contiene muchos elementos autobiográficos, narra en detalle. Perro Pequeño encuentra belleza y felicidad en los márgenes de los márgenes de la raza y el género, pero también dolor, y Vuong brilla especialmente cuando muestra la escasa distancia que existe entre las unas y



Agafia Lykova, única del clan de los Lykov que sigue viviendo aislada en la taiga siberiana. ALEXANDER RYUMIN (TASS / GETTY IMAGES)

NARRATIVA

Déjame volver a empezar

el otro con una prosa lírica y de rara perfección, poética en el sentido menos disuasorio de esta expresión, por lo general, temible.

Una chica es una cosa a medio hacer, de Eimear McBride, también está narrada con una excepcional prosa poética, igualmente es una primera novela y se ocupa de una cierta forma de radicalismo religioso y de una sexualidad poco normativa, todo lo cual la relaciona con los libros de Peskov y Vuong. La narradora de la novela se expresa en una lengua rota, como si fuera una orfebre que sólo dispone de un hacha para hacer su trabajo. Los temas de la religión y la culpa en el libro remiten a la literatura de Edna O'Brien, pero su lenguaje prueba que su joven autora aprendió de James Joyce y de Samuel Beckett todo lo que vale la pena aprender de ellos, que no es poco.

La narradora de *Una chica es una cosa a medio hacer* cuenta su historia y la de su hermano menor, que sobrevive a un tumor cerebral en sus primeros años de vida pero queda intelectualmente limitado, así como la de su madre, que los cría en un ambiente asfixiante y muy religioso en el que la supervivencia del niño es tanto un “regalo de Dios” como su castigo. Ya adolescente, el hermano menor trata de encajar en el colegio, pero es humillado y maltratado. La narradora, por el contrario, disfruta de su condición de paria: comienza a acostarse con los acosadores de su hermano para protegerlo y en reconocimiento de un poder que ejerce sin control alguno. El abuso y el sexo violento con desconocidos (y al menos un familiar, el marido de una tía) son su forma de expiar pecados que se inscriben, en la línea temporal,

“La desaprobación de los demás resuena en estas obras, cuyos personajes son o se encuentran en situaciones “singulares”

después de la enfermedad del hermano, pero que, en un sentido moral o religioso, anteceden y justifican su condición: en el mundo de la religión y de la culpa en el que los personajes viven, el hermano menor enferma “por” los pecados de la narradora, y cuando el tumor regresa y el hermano muere, la culpa ahoga a la narradora, literalmente.

La desaprobación y el rechazo de los demás y los temas de la redención y el castigo resuenan en estos libros, cuyos personajes son o se encuentran en situaciones “singulares”. Notablemente, es lo que le sucede también a Arvid Jansen, quien recoge a su exmujer en las afueras de Oslo en un estado de confusión absoluta una madrugada un año después de que ella lo abandonara y, con ella, regresan a él los meses previos a la separación, su soledad, la de ella, la de los hombres “en su situación” para los que dormir es imposible. Per Petterson es uno de los autores noruegos más populares de su país, y su nueva novela, narrada en un estilo digresivo y algo moroso del que la evocación es el rasgo dominante, justifica su popularidad tanto en Noruega como en el exterior. La juventud perdida, las fábricas, el Partido, la conciencia de clase, las pequeñas traiciones, los equívocos, las peleas, la tragedia familiar en el pasado reciente del protagonista, las lecturas, la culpa, una excur-

Cinco nuevos libros exploran la diversidad y el carácter singular de nuestra antigua “normalidad” mientras todavía continuamos esperando la “nueva”

sión con la hija mayor, las mujeres, la necesidad de escapar, un encuentro en un cementerio, el abismo que se abre entre sus hijas y él y la liberación que supone, por una vez, cuatro años después de los hechos narrados en la mayor parte del libro, dejar de lado el malestar propio porque es el malestar de los otros, y su dolor, el que debe ser solucionado, se suceden a modo de epifanías intensas aunque breves que apenas dejan huella en Jansen, cuya falta de atributos lo convierte en el personaje moderno por excelencia. También en su relación con la ciudad, en este caso Oslo, esa ciudad donde todo parece posible todavía.

Perro Pequeño, los Lykov, Ann, los personajes de McBride y el protagonista de Petterson son excepcionalmente heterodoxos, pero los une una búsqueda de aceptación y de normalidad que resuena especialmente en nuestros días, cuando la expectativa de una “nueva normalidad” parece dividirse entre quienes prefieren creer que todo será “como era antes” y aquellos, quizás más realistas, que se ven incapacitados de imaginar un futuro que no esté condicionado por las amenazas que provienen del medio ambiente y de la torpeza gubernamental. Aun imperfecta, la normalidad que disfrutamos hasta la pandemia era la de un mundo extraordinariamente diverso en el que cabían vidas como las de estos personajes, que oscilan entre la promiscuidad y el aislamiento, entre la esperanza y la decepción, y que proponen posibles “nuevas normalidades”, muy poco normales, para quien sepa dar con ellas y se haga la antigua y muy pertinente pregunta acerca de cómo se debe vivir.

“Déjame volver a empezar”, pide Perro Pequeño a su madre al comenzar su carta, y al final de la novela de Per Petterson su protagonista afirma: “El nudo se deshizo. Algo se acabó. Y era maravilloso. Lo oyes, Jondal, dije en mi interior, es maravilloso”.

Los viejos creyentes. Vía sin retorno en la taiga
Vasili Peskov. Traducción de Marta Sánchez-Nieves. Impedimenta, 2020
256 páginas. 21 euros

Sunny Sunny Ann!
Miki Yamamoto. Traducción de Alberto Sakai. Astiberri, 2020
200 páginas. 15 euros

Hombres en mi situación
Per Petterson. Traducción de Lotte K. Tollefsen. Libros del Asteroide, 2020
304 páginas. 20,95 euros

Luz del Fuego
Javier Montes
Anagrama, 2020. 272 páginas. 19,90 euros

En la Tierra somos fugazmente grandiosos
Ocean Vuong. Traducción de Jesús Zulaika. Anagrama, 2020
232 páginas. 18,90 euros

Una chica es una cosa a medio hacer
Eimear McBride. Traducción de Rubén Martín Giráldez. Impedimenta, 2020
272 páginas. 20,75 euros

ENSAYO

Contra el imperialismo cultural

El volumen *Poder, política y cultura* reúne una serie de entrevistas en las que Edward Said polemizó sobre asuntos como la idea de canon literario o la situación en Palestina



El ensayista palestino Edward Said, en Módena (Italia), en 2001.
LEONARDO CENDAMO
(GETTY IMAGES)

POR JUAN LUIS CEBRIÁN

Es lo que llamamos cultura dominante fruto exclusivo de la dominación de unos seres por otros? Esta es una de las cuestiones básicas que se desprenden de la obra quizá más conocida y polémica de Edward Said, *Orientalismo*. Su autor, palestino nacionalizado norteamericano y catedrático durante años en la Universidad de Columbia después de haberse graduado en Princeton, fue un prolífico y controvertido intelectual, comprometido activamente con la causa palestina. Falleció víctima del cáncer en 2003 no sin antes habernos regalado una autobiografía y editado una colección de muchas de las entrevistas que se le hicieron en vida. Ahora se publican en castellano, casualmente o no, coincidiendo con la celebración de dos exposiciones plásticas, una en Valencia y otra en Sevilla, inspiradas por el citado libro. O al menos por su título.

Premio Príncipe de Asturias en 2002, Said fue un personaje conocido y respetado en España. Suscribió poco antes de su muerte la creación de la Fundación de las Tres Culturas con Daniel Barenboim y la Junta de Andalucía. Juan Goytisolo, con el que le unió sincera amistad, fue su introductor en los círculos intelectuales hispanos y le ayudó a interpretar la especial relación histórica de los españoles con la cultura árabe. Los diálogos que ahora conocemos, salvo un largo trabajo editado por la Universidad Cornell, fueron conversaciones en vivo, cara a cara con sus interlocutores, fruto a veces de la improvisación y de un combate dialéctico entre preguntador y preguntado. Said brilló como crítico musical y literario, siendo autor de un memorable ensayo sobre Joseph Conrad. Todos sus centros de atención, tan variopintos y diferentes, están presentes en el largo interrogatorio al que se sometió durante años a instancias de periodistas, discípulos y colegas académicos.

Sus reflexiones se centran sobre todo en las relaciones dinámicas entre la cultura y el poder. En *Orientalismo* defendió la tesis de que la visión europea sobre el mundo

árabe era una impostación al servicio del imperialismo colonial. El eurocentrismo, en ese sentido, no deja de ser una lacra que permite a los más prestigiosos maestros del pensamiento y las artes despreciar otras culturas en nombre de una supuesta superioridad moral. De Stuart Mill a Carlos Marx, pasando por Dickens y tantos otros, nadie se libra de esta acusación. Polemiza también con Harold Bloom sobre el papel del canon en la creación literaria (“estoy diciendo que la poesía crea a los poetas, mientras que Bloom cree que los poetas crean a la poesía”), pues entiende que la cultura no es el resultado de intervenciones singulares de personajes rebeldes, sino de la adaptación a una armonía básica que recibe el nombre de cultura dominante. Es en la formación y la transmisión histórica del canon donde se construye la legitimación cultural, de la que escapa precisamente la cultura de masas o popular. La cultura dominante es creada por el poder para sus propios intereses.

En lo que concierne a la cuestión palestina y el conflicto de Oriente Próximo, sus palabras son expresivas de lo que en realidad constituye su mayor fracaso. Defendió hasta su muerte que la única solución para el conflicto era un Estado laico binacional donde judíos y musulmanes convivieran. Rechazó que la Intifada fuera una serie de actos irreflexivos violentos y la consideraba “una alternativa mediante la cual los palestinos que viven bajo la ocupación han decidido declarar su independencia de esa ocupación defendiendo no tanto modelos como formas distintas para sus vidas”. Rechazó los acuerdos de Oslo y colaboró en la preparación de la Conferencia de Madrid, para terminar rompiendo acremente con la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). A Yasir Arafat, a quien apoyó en un principio (“en Estados Unidos se me conocía como el hombre de Arafat”), le califica de corrupto, matón y déspota, asegura que acabó traicionando a todo el mundo y que su ejemplo era devastador para su pueblo, pues tenía la actitud servil de ser “el negro del hombre blanco”. Si uno contempla la realidad actual de la región es fácil entender hasta qué punto se equivocó en sus análisis, fruto de la pasión del exiliado antes que de la reflexión sobre la realidad.

El libro se distribuye un poco arbitrariamente en dos partes que se corresponden entre sí casi como el yin y el yan: el poder de la cultura y la cultura del poder. Son cuestiones a las que Said dedicó todo su vida. Indudable defensor de los derechos humanos, poseedor de una mente y una actitud cosmopolita, ávido lector y maestro del pensamiento crítico, sus palabras denotan sin embargo una incompreensión del funcionamiento autónomo del poder, que escapa de continuo a los sentimientos morales.

Feroz crítico de los nacionalismos, antisionista confeso, cultivó la relación con los sectores intelectuales judíos de Estados Unidos. Tony Judt le prologó un libro, y una de las entrevistas más interesantes del extenso volumen que comentamos es la que dio a Jacqueline Rose, de *The Jewish Quarterly* de Londres. En ella, al paso de un comentario sobre Mozart, declaraba tolerar cada vez menos la idea de identidad. “Resulta más interesante intentar ir más allá de la propia identidad, hacia otra cosa, lo que sea. Podría ser la muerte..., una suerte de masa indistinguible, vibrante, que se transforma de manera incesante, que es hacia donde nos dirigimos”. Falleció cinco años después de estas declaraciones. Se ahorró el sufrimiento de conocer los tiempos actuales, señorío de la identidad.

Poder, política y cultura. Entrevistas a Edward Said

Edición de Gauri Viswanathan. Traducción de Damián Alou Debate, 2020. 528 páginas. 23,90 euros

“
Para el autor de *Orientalismo*, la visión europea sobre el mundo árabe está al servicio de la dominación